

duda á vuestros sentimientos y á vuestras honradas aspiraciones: que nada venga á perturbar el resurgimiento político y económico del Perú, hasta hacer de él una nación querida y próspera; porque por sus antecedentes históricos, por la inteligencia de sus hijos y los ricos elementos que posee, tiene perfecto derecho para serlo.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE JUSTICIA, CULTO É INSTRUCCIÓN  
DOCTOR DON JORGE POLAR.

Excmo. Señor;

Señores:

Honor de los Gobiernos es que en su tiempo florezcan las ciencias y las artes. Procurando alcanzar ese honor, ha creado el Gobierno el "Instituto Histórico del Perú". En la Historia se aúnan fácilmente y florecen, el arte y la ciencia, la verdad y la belleza.

\*  
\* \*

"Maestra de la vida" llamaba Cicerón á la Historia: mas, para que en realidad lo sea, es necesario sacarla del pasado ahondando mucho en él por la ciencia, por las ciencias, casi todas indispensables hoy al estudio de la Historia, y todas ellas obligadas al mismo tiempo, á seguir el método histórico.

Y el arte, el arte de la palabra, signo supremo de cultura, es necesario también á la Historia, que nunca fué ocupación vulgar ni mediana. El que no tenga claro decir, será justamente excluído del trato de la Historia; no le dará de beber del ánfora sagrada, la musa Clío, severa y pulcra.

\*  
\* \*

Y, si por ser habilitadora de la ciencia y directora de la vida y del arte amiga, tanto necesita la Historia ¿por qué la nuestra, tan dilatada y misteriosa, no ha de tener su corporación sabia que la depure, que la limpie y fije y dé esplendor, como hace con la lengua la otra Academia?

\*  
\* \*

Dilatada es nuestra historia, tanto, que se pierde en la penumbra de las más remotas edades, y tan misteriosa que no es posible aún establecer acerca de ella, sino apreciaciones muy generales y sujetas á revisión tal vez, las más de ellas.

No fué la América, sin duda, la primera morada de los hombres; algo más, el hombre en Europa había llegado hasta la Lombardía y el Cantal y aún no había penetrado en América. Pero cuando el gran invierno geológico, en la época cuaternaria, vino á sustituir rápidamente, con una temperatura polar, la dulzura de un clima análogo al de la California, entonces las viejas tribus asiáticas del Nor-Oeste, se vieron obligadas á emigrar. Cierta número de ellas se aventuró, sin duda, sobre el puente de hielo extendido por el frío entre las dos orillas, y así llegaron á América, acompañadas del reno, como con el reno llegaron á Francia sus hermanos de Occidente.

En los terrenos de América, en los del período interglaciario, al Sur como al Norte, vánse encontrando los sílex toscamente tallados, los sílex amigdaloides ó de forma de laurel, con los que el rudo abuelo cuaternario amansaba la tierra y se ganaba la vida.

No se ha podido determinar aún el curso de las emigraciones de esas primeras tribus, como se ha determinado para la Polinesia, por ejemplo; pero lo que parece casi seguro, es que los habitantes de América y los antiguos peruanos, por lo tanto, quedarían aislados, por una muy larga serie de siglos, de los hombres del nuevo continente.

El hombre cuaternario, en América como en Europa, es dolicocefalo. Pero en Europa, desde la época neolítica, aparece el braquicéfalo, venido ó ido del Asia Menor, encontrán-

dosele mezclado primero al de cráneo alargado, dominándolo después.

En América el delicocéfalo sigue sólo, no se han encontrado aquí restos de los cráneo-redondo. Si estos hubieran venido, habrían traído lo que á todas partes llevaron, porque era su mayor tesoro, habrían traído el trigo, el noble cereal que cría las razas fuertes.

Las inmigraciones procedentes del Asia Meridional ó de la Menor, posibles y aún probables, por pocas y por recientes, no parecen haber dejado huella profunda en la América antigua, en el antiguo Perú. Sólo así se explica la dirección que aquí tomó la evolución social, tan diferente de la que en el Viejo Mundo tomaba, por lo cual ha dicho algún historiador, que hubiera sido muy interesante dejar al imperio de los Incas entregado á sí mismo, para ver á donde llegaba esa organización social tan original y diversa de los demás pueblos.

\* \* \*

¿Dónde, en la historia, hay un imperio semejante al nuestro de Tahuantinsuyo?

De una parte, aquel soberano casi divino, adorado y temido al mismo tiempo, á quien nadie osa mirar de frente, porque vive envuelto entre los rayos de su padre—Sol; aquella corte espléndida, formada con los domados reyes de las provincias conquistadas; aquel fuego sagrado que en lo recóndito del templo alimentan vírgenes de sangre imperial; esas morenas princesas de breve pié y de talle esbelto como vara de junco, sueño de amor de los nobles generales que por ellas arriesgan vida y honra; y de otra parte, debajo de toda esa pompa y apesar de ella, un pueblo casi feliz, con sus grandes fiestas del trabajo, semejantes á églogas por lo sencillas, un pueblo que tenía reglamentados todos los pasos de su vida, pero al que, en cambio, su Inca le aseguraba el sustento y la satisfacción de sus necesidades, y que vivía, por lo tanto, sumiso, absolutamente sumiso, pero tranquilo, ageno de cuidados, tranquilo hasta el punto de olvidar su libertad, que es cuanto hay que olvidar en el mundo.

¿Cómo pudo llegar á establecerse ese imperio teocrático y comunista, y constituirse un pueblo así, donde el colectivismo se practicaba sencilla y naturalmente, sin dificultad, sin esfuerzo casi?

La explicación de ese fenómeno, único en la historia, está probablemente en esa autoridad del Inca, absoluta, pero al mismo tiempo paternal, profundamente paternal.

Por haberse realizado esa antinomia de un poder absoluto que, lejos de explotar á su pueblo le cuida y defiende, por eso fué posible el colectivismo incaico.

\*  
\* \*  
\*

¿Qué nacionalidad creó ese socialismo autoritario? ¿Qué valía como patria el imperio de los incas?

La idea, el sentimiento de la patria, no podían ser profundos en esa organización comunista en que el Inca era la razón suprema de todo.

La nacionalidad en el imperio, era todo lo sometido al dominio de los incas; no tenía por fundamento el parentesco, la sangre, que es lo que crea poderosamente el sentimiento de la nacionalidad.

La patria es el amor á la tierra, el amor á la gente en ella nacida. Los súbditos del imperio sentían, sin duda, ese doble confundido amor; pero acostumbrados á que toda acción partiera del Inca, cuando este faltó, todo fué abandonado y perdido. Los que no son libres sienten el amor, doloroso en ellos, de la patria; pero no tienen toda la fuerza, todo el poder de defenderla. El poder del hombre, para defender su patria como para todo lo grande y bueno, crece á medida que crece la libertad de que goza.

El socialismo incaico tenía, por lo tanto, que crear una nacionalidad débil como patria; creó hombres sin iniciativa, sin aspiraciones; preparó por lo mismo, carne de servidumbre, carne de explotación, carne de dolor, para cuando el primer Inca desapareciese.

\*  
\* \*  
\*

A la raza quechua, buena, paciente, resignada, vino á unirse la brillante raza española del siglo XVI, en lo que tenía de más intranquila, de más excitada.

Los conquistadores, los españoles, eran latinos de junto al Africa, de los que se rozaron con los árabes del desierto, de los más exaltados, en fin, de los más irritables de esa raza latina, toda fuego.

Y de entre los españoles eran los más aventureros, naturalmente, los que salían en las históricas caravelas en busca de esta tierra de América que, envuelta en brumas, surgía del fondo de los mares, como si ellos, los dos mares, se la hubieran forjado á fuerza de empujar sus arenas y de juntar sus conchas, para luego recrearse en ella.

El blanco español, mitad cristiano ó caballero y mitad brutal, bautizó, holló, desgarró á la pobre tierra cobriza.

El español, arriesgado, hermoso, sobrehumano casi, amó á la india mansa, rendida, fascinada, como si se sintiera atraída por un semi-dios.

\* \* \*

Y comenzó la colonia. Los indios pasaron á ser más siervos, mucho más siervos que antes y, ya sin el pan seguro, ya sin la paz del alma, comenzaron á sufrir, á callar á morir.

\* \* \*

Pero como la raza conquistadora, á la vez que desdeñaba y oprimía á la raza vencida, mezclábase á ella, resultó otra gente.

La sangre española levantisca, penetrando en la sangre quechua mansa, fué inquietándola, y surgió al fin la nueva gente peruana, en cuyas entrañas, removíanse, junto con las sumisiones, con los dolores y los rencores del vencido, las impaciencias, las osadías, las rebeldías del vencedor.

Así se explica cómo los peruanos, cansados de inacción, de servidumbre, al oír á los libertadores, al semi-dios, á Bo-

lívar, proclamar el derecho, la justicia, la igualdad, se juraron realizar inmediatamente todos esos ideales, sin pensar que á ello se opondrían el hábito de la servidumbre sufrida durante siglos y los resentimientos de la larga humillación y las impaciencias por el poder, y las veleidades de carácter que solían turbar á la nueva gente.

La vieja sangre latina, romántica, provocada por la gloria de los libertadores, reanimada por la generosidad juvenil, se sobrepuso á todo, y comenzó la Era de la independencia, comenzó la república, liberal, generosa, coronada de ensueños, con toda la ligera sangre subida á la cabeza!

El Perú quizo y debía ser una patria; pero para serlo plenamente, necesitaba, necesita, vencer obstáculos que su propio pasado le opone.

La patria está en el corazón: es amor á la tierra en que se nace, á la tierra madre. Pero este amor que debe ser un goce, una confianza, una seguridad, la desear realmente nuestra la tierra en que nacimos, no es nada de esto para muchos de los aquí nacidos, no lo es, sobre todo, para el indio que, á fuerza de ser tratado en su tierra como extraño, no como dueño de ella, apenas si tendrá ya una visión confusa y dolorosa de lo que es la patria, de lo que ella vale, de lo que ella nos hace gozar por ser tierra nuestra, tierra madre nuestra.

La patria está en el corazón: es el amor que se tienen todos los que en ella nacen. Y bien, con la mano sobre el corazón puesta, preguntémosnos si hemos amado como debíamos, como á hermanos, tratándolos como á tales, á todos los hijos de esta tierra; preguntémosnos si no hay en ella muchos desdeñados, ó tenidos en menos, y si estos han podido sentir otra cosa que temor y recelo de los demás.

Nuestra historia nos ha legado esa separación, ese desdén de los unos, ese recelo y desconfianza de los otros, y necesitamos, por lo tanto, luchar en esto con nuestro propio pasado y vencer por el amor que une, que estrecha, que redime. Impulso traemos ya para lograr este triunfo de nuestro, corazón felizmente.

El calor, el movimiento, la agitación de nuestra vida de pueblo independiente, deben haber preparado ya la mezcla,

la fusión en un sólo sentimiento, de todos los elementos de nuestra nacionalidad. Y las guerras por defender esta patria tan combatida, la mutilación misma de la patria que tanto duele, han debido preparar la formación de la grande alma nacional en el Perú.

Dióle el General San Martín al Perú, una bandera blanca y roja; blanca en su centro, símbolo de idealidad, roja en sus flancos, como presentimiento de la sangre que por defenderla había de derramarse. Y tanta se ha derramado ya, que no se sabe cómo no está roja también, como la de sus extremos, la faja blanca de su centro.

Y esa sangre ha sido la de todos los peruanos y aquellos que han dado la suya sin haber conocido el goce, el orgullo de la patria y sí sólo sufrido por ella, esos son los más heroicos, los más grandes ante ella, ante la patria.

El Perú quiso ser una república, una democracia.

Oponiáanse á la democracia, aquí, sin pensarlo, sin duda, los mismos ilustres capitanes libertadores, que la habían proclamado. Cuando ellos pasaban por los pueblos, envueltos en leyendas, fabulosos, sobrehumanos casi, desprendiendo gloria hasta de los pliegues de sus rojas banderolas y hasta de los crujidos de sus recias corazas, al pasar, deslumbraban, fascinaban á la gente, con esa fascinación de la gloria que tiene el temible poder de hacer olvidar al corazón la libertad.

Pero á pesar de ese brillante obstáculo y de otros que á la democracia se han opuesto, nuestra evolución ha sido, es, hacia ella, hacia á la democracia, como que aquí no tenemos pueblo bravío que moderar, y hay masas enormes desgraciadas que necesitan que se les levante la frente, que se les caliente el corazón. La humanidad, toda, marcha hacia la democracia, porque ella traduce la solidaridad, esa providencial condición de las sociedades humanas que hace que el sufrimiento del más débil de sus miembros se repercuta y refleje, aunque de ello no se den cuenta, sobre todos los demás.

No puedo detenerme, aunque quisiera, en éstas ú otras consideraciones sobre nuestra sociología. Tal vez he ido demasiado lejos en este discurso de instalación, que podía haberse limitado al elogio de la Historia, á la recepción de honor á sus nobles mantenedores.

\* \* \*

Debemos estudiar nuestro pasado, para adquirir la conciencia clara de nuestros destinos, y mantenernos en la vía de nuestro generoso ideal histórico.

Un pueblo no debe olvidar jamás sus tradiciones, los ejemplos de sus mayores, sus glorias, sus infortunios y para esto es necesario que haya quien se los recuerde, pero quien se los recuerde, no con algún espíritu estrecho de división ó de partido, sino con alto espíritu nacional.

La Historia es la reconciliación suprema de todos los hijos de una patria. Cuando recordamos los hechos de nuestros mayores, en ellos nos sentimos profundamente unidos todos los peruanos.

Fortificar la nacionalidad, es alta misión de la Historia. Cuando nos hablan de nuestras glorias, cuando por ejemplo, nos hablan, con palabra emocionada, de aquella mañana de Julio en que San Martín, inspirado por Dios, dijo: "desde este momento el Perú es libre é independiente por la voluntad de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende"; cuando nos hablan con palabra desgarrada, de aquella otra trágica mañana en que Grau, el héroe sin tacha, caía en el "Huáscar", la pequeña nave que se dejó hacer pedazos antes que rendirse, mostrando así como deben caer los buques de guerra, pedazos del corazón de la patria, tablas hechas patria; cuando nos hablan, como debe hablarse, con toda el alma, de Arica, del Morro, y evocando el sublime sacrificio, nos parece ver el alma de Bolognesi subiendo al cielo envuelta en el humo del último cartucho; cuando de esas glorias, de esos sacrificios, de esos infortunios nos hablan, entonces, sacudido el corazón de las ligaduras del presente, sentimos que todos los hijos de la patria, todos, somos hermanos.

La historia tiene de esas dominaciones supremas, que todo lo depuran y engrandecen.

El Presidente de la República ha hecho elevado acto de gobernante, creando el Instituto Histórico del Perú.

Esta institución va á realizar, ella también, su programa de gobierno, su vivo anhelo por la educación nacional, porque la Historia es poderoso factor de educación. Lo es en la escuela, cuando, con palabra rápida, salida del corazón, como para los niños, les cuenta á los pequeños los hechos de sus mayores; lo es en el liceo, en la universidad, penetrando, para darle realidad, en la Filosofía, en la Sociología, en toda la alta cultura científica. Es sobre todo, la historia poderoso agente de educación nacional, porque inspira, porque guía el sentimiento. Reconocido está por todos el gran principio pedagógico de que no son las ideas sino los sentimientos, los que impulsan; los que arrastran á los pueblos.

Por eso, hoy, en ninguna parte abandona el Estado el cuidado de la Historia al esfuerzo individual, sino que crea, que estimula, que honra corporaciones que presten ese alto servicio al país.

Señores miembros del Instituto Histórico del Perú, comenzad, ó más bien continuad la obra en que ya, individualmente, todos vosotros habéis noblemente trabajado. Material inmenso tenéis. No hay historia más accidentada, más interesante, más instructiva que la del Perú, de este pueblo idealista, generoso, intranquilo. El Perú, gran corazón, cabeza soñadora, vida dolorosa, necesita, más que ningún otro pueblo, que su historia, enseñándole el camino de la realidad, lo aparte, aunque le duela, de los peligrosos del idealismo impaciente.

---